

Dirección:
Caballeros, 13

Colaboradores
los que solicite el director

Plumas Noveles

RESERVA
Un mes... 0,25 pts.
Relación y Admón.
San Gil, 1

Las calabazas

Como de todo tenemos que hablar en esta vida, hoy nos toca distraer por un momento la atención de nuestros lectores y lectoras ocupándonos de tal tema, que, aunque al parecer no tiene importancia, es la base de algunas de nuestras acciones.

Calabazas, como vulgarmente se dice—y no queremos definir las plantas que tal nombre llevan—, es cuando lo suspenden en una asignatura o en varias; estas calabazas, por regla general, no suelen sentar bien. Se dice también dar calabazas cuando la mujer desaira o rechaza al que la pretende o requiere en amores; éstas se pueden dividir en varias clases, como son: explícitas, expansivas, con política, inductivas, etc., etc. Son explícitas, cuando son claras y terminantes; expansivas, si se muestra afable y comunica pensamientos y sentimientos; con política, cuando las dan con gran amabilidad y cortesía, e inductivas son las que, a pesar de habernoslas dado, nos inducen a reincidir, y otras varias clases que no expongo, por no hacer interminable este artículo.

En los colores, están representadas por el color amarillo.

Y para terminar, porque mi tosca pluma se niega en absoluto a seguir por este derrotero empezado, no tengo más que hacer una observación, que es la siguiente: que las calabazas suelen indigestarse en la mayoría de los casos y sentar bien en muy pocos—pero en algunos.

CUENTO

¿Serán así?

Es una bella tarde del mes de julio; cómodamente sentado y bajo la dulce influencia de una abundante comida, seguida de la deliciosa y clásica infusión del café, estaba yo abstraído, contemplando las caprichosas ondulaciones que el humo de mi cigarro dibujaba en la atmósfera, con el deleite que produce uno de esos

momentos en que nuestra imaginación vuela muy lejos en busca de ignorados ideales, que vemos con dificultad y se esfuman de improviso, cual si estas escenas las contempláramos en la inmensa pantalla del firmamento, y las nubes, movidas por resortes misteriosos, opusieran—de vez en vez—su denso velo a nuestras miradas; momentos dulces en que, perdida la conciencia de nuestro yo, gozamos de una existencia halagadora exenta de las preocupaciones de esta prosaica vida, tanto más amarga cuanto más la conocemos.

Era tal mi alejamiento, que no noté el ruido de la puerta que aislaba mi cuarto al abrirse, ni mucho menos las ligeras pisadas de mi amigo, que después de contemplarme con irónica sonrisa algunos momentos, me dijo poniéndome una mano sobre el hombro: ¡Despierta, yo te lo mando!; y cambiando su tono jovial por un aire de tristeza, se sentó, me ofreció un pitillo, encendió el suyo con calma estoica, y dijo: amigo Manolo: vengo a consultarte un caso de conciencia; ¡Caracoles! dije yo, al par que estaba huido por todos los orificios de mi aparato respiratorio; ¿y me has tomado a mí por el padre Astete o es que se te ha muerto la novia y no sabes si ir o no a darle el pésame a tu suegro?

—Déjate de chanzas y escucha lo más estupendo que has oído en tu vida. Pues bien, Fernando, suprime ese aire de pazguato viudo y cuenta desde ahora con la apertura de mis respetables trompas de Eustaquio.

—Tú conoces—me dijo—como yo a Laurita, la hija del diputado, y sabes igualmente que apenas sale, y que está enferma, así como también que ningún médico da en el quid de su enfermedad: pues bien, ¿a que no sabes qué enfermedad tiene? Ciertamente que no y menos donde vas a parar con todo esto. La enfermedad que tiene—dijo tirando la punta de su cigarro—es el amor en su periodo álgido, y para eso ya sabes que la terapéutica es impotente. ¿Y cómo sabes tu todo eso?—Verás; esta mañana, estaba yo sentado en mi portal, cuando veo venir hacia mí a la doncella de Laurita, la cual me dijo:—si supiera usted lo que pasa. D. Fernando! ¿Está Laura peor?, le pregunté.—No es eso, no, señor, es que... no me atrevo a decírselo. Habla—le dije—y déjate de temores. Si, está peor efectivamente, pero... ¿Pero qué?—que nadie la puede curar más que usted, porque está enamorada... ¿De mí? Sí, señor, de usted. ¿Y cómo sabes tú esas cosas? Voy a decírselo: le he visto unos versos que hablan del amor y de usted y, además, como la señorita dibuja tan

bien, tiene unos papeles con el retrato de usted y por las noches cuando sueña, pronuncia su nombre muchas veces.

Excuso decirte que cuando oí esto, me quedé absorto hasta que dijo: esta tarde que es su manía, va de visita, puede usted ir a verla y allí... se convencerá de lo que le digo; yo quedé en ello, y después me vine aquí para que me digas tu opinión, pues como tú no ignoras, yo tengo mi novia en Madrid y no estoy dispuesto a dejarla. Pues bien, mi amigo—le dije—como ves, estamos en un verdadero caso clínico, en que el Azar te ha elegido a ti como médico de cabecera y a la vez tú me eliges a mí para la consulta, con que veamos: el diagnóstico ya lo tenemos, el pronóstico es grave desde luego—ahora queda el tratamiento; mi opinión, es que nos valgamos de algunas de las cualidades innatas en la mujer para estos asuntos; ya sabes que las principales son el deseo y la frivolidad, que imprimen verdadero carácter en la mujer que en estas lides se halla, y por consiguiente de éstos te debes valer para curarla; esta tarde cuando vayas, te declaras a ella con el ardor y tono más expresivos posibles, continúas demostrándole gran pasión, y verás como una vez que ella esté convencida de que la quieres y que no tienes otra voluntad que la suya, su deseo se verá satisfecho y la frivolidad, haciendo de las suyas, le hará pensar en otro, que le sea algo simpático y emprender inconscientemente otra conquista, dejándote a ti tranquilo.

—Me parece muy bien cuanto me dices: tan es así, que ese es el plan de conducta que voy a seguir; y dándome un afectuoso apretón de mano, se marchó.

Al poco tiempo recibía una carta—pues me había marchado a pasar el verano con mi familia—en la que me decía: Inolvidable amigo; te felicito sinceramente por el éxito de tratamiento para las enfermedades del corazón, pues Laura está completamente curada de su terrible enfermedad; nuestro amigo Andrés del Valle que ha venido a pasar el verano aquí, me ha sacado del conflicto, y hoy mismo que ella me ha dado el pasaporte, le pide él relaciones. Recibe juntamente con el de Andrés un estrecho abrazo de tu invariable amigo, Fernando.

Y yo, que creí que el consejo aquel no serviría sino para safarme yo del compromiso, me pregunto hoy con asombro: ¿serán así todas?

MANUEL NUÑO FERNÁNDEZ.

Loranca del Campo, 8-6-1917.

Poesía de verano

Con estos calores molestos de veras, para mí las musas dormidas se encuentran. En nada me ayudan ni apoyo me prestan, ni a mí me sucede como a esos poetas que los acarician; no encuentro siquiera un fútil motivo en el cual pudiera inspirarme un poco. Mil males me aquejan; y como tampoco soy ningún poeta que poseo lira, ni tengo melemas de esos que nos dicen tantas cosas bellas, que nos cuentan siempre del sol, las estrellas, la luna, los astros, el mar y la tierra, de bellas huries, de lindas gacelas, de corazoncitos de muchas doncellas, cándidas palomas (tontería es esa) románticas, puras, sencillas e ingenuas, sólo me conformo con decir a secas: «¡Señor, qué calores, Jesús, cómo aprietan, parece mentira que el calor se sienta, cuando hay tantos *frescos* y muchas más *frescas!*»

ZERAUS.

RÁPIDA

Desilusión

Hay instantes en la vida de toda persona que se recuerdan con delectación y tristeza al mismo tiempo. Esto me decía en una tarde de invierno, enajada de nubes, un muy amigo, a la vez que refería casi una historia de amor.

—Pues verás—me decía—: conocí yo en cierta ocasión y con motivo de un viaje a una sin par mujer. Era morena, no muy alta, soñadora y poética; la daban a conocer dos ojos de una intensa negrura; es decir, poseía estas admirables cualidades unidas todas en graciosa mescolanza y contrastando en un conjunto de suprema belleza.

Deseaba hablar con aquella mujer y se me ofreció momento oportuno al preguntarme la hora; y yo, solícito, deseoso de complacer en algo a aquella mujer que tan internamente me había interesado, saqué mi sencillo reloj y con voz no muy segura, por el respeto que me inspiraba, la dije: Las tres.

Con una ligera sonrisa, propia de su vejeidad, pagó mi insignificante favor; yo, por mi parte, y deseoso de amistarme con

ella, musiré: Como verá usted, no es muy tarde, sólo son las tres, es el comienzo de una bella tarde, aunque no tan bella como usted.

Me había estado oyendo, al parecer indiferente; mas estas últimas palabras la sacaron de su indiferencia y la animaron para hablarme, y con su arpegíca voz, decirme: Gracias, adivino que es usted muy amable y que efecto de su amabilidad me ha dicho esas palabras, pero no, no puedo ser tan bella como la tarde. Y sin darle tiempo a que siguiera la dije: Sí, es usted para mí más bella que la tarde, porque la tarde es, tan sólo, de una contemplación pasajera y, al fin, hay muchas; pero usted es de una contemplación eterna y para mí... es usted sola en el mundo.

Extrañeza, estupor, algo que no entendía fueron mis palabras para ella; y cuando me iba a decidir para explicarla toda mi pujante pasión que pugnando estaba por salir de mi boca, ¡infausta coincidencia!, paró el tren en el andén de la estación donde ella se dirigía.

Un tembloroso contacto de nuestras manos acompañado de una lacónica frase de despedida y de una prometedora y expresiva mirada, fueron el principio y el principio del fin de todo aquello; y digo el principio del fin, porque desde aquel día, que gravado quedará en mi memoria mientras viva, no he visto mujer como aquella; mi vida es un continuo sufrir; ya mi amor, frustrado en su primera e inconcusa manifestación, quedará extinto para siempre.

Esto me contó mi amigo; y como viera yo que estos recuerdos le entristecían, traté de que habláramos de otra cosa y, en efecto, una observación momentánea me ayudó en mi propósito; y entonces, nuestra charla divagó por otros derroteros, hablamos de poesía, de música, de mil cosas todas ellas animadas y del mayor agrado para nosotros.

En el transcurso de nuestra nueva conversación, cuando ésta se hallaba más animada por parte de ambos, no pudo pasar para mí desapercibida una leve sombra de tristeza en el rostro de mi amigo, que me obligó a decirle: Desecha preocupaciones, disipa esos pensamientos que quieren, quizá, enloquecer, y olvida...

Y al presto oscurecer de aquella tarde invernal, muy quedo y al oído, como si alguien pudiera oírle, me decía: Es que hay instantes en la vida de toda persona que se recuerdan con delectación y tristeza al mismo tiempo.

CRUZ M. ESPADA

ROMANCE

CUANDO SUEÑA EL ALMA

Qué sueños más bellos,
qué dichas más gratas,

en estos rincones
de la vieja España,
pasé en armonía,
en la quietud santa
de todo el que en sueños
el ideal halla.
¡Qué bello, qué bello
es que sueñe el alma!

Ya entre las virgíneas
espigas doradas
que en la madre tierra
hizanse galanas,
veo a los reflejos
de una luz extraña
la efigie donosa,
idealizada,
de la huri venusta
que en mi sueño hallara.
¡Qué bello, qué bello
es que sueñe el alma!

Ya los ruiseñores
sus trinos exhalan
entre la floresta;
batiendo sus alas
al rítmico son
de dulce sonata,
mensajes traían
llenos de esperanza,
del ideal bello
con el cual soñara.
¡Qué bello, qué bello
es que sueñe el alma!

Ya al son de la guzla
que pulsa agitada
mi trémula mano,
añora esperanza
mi vida, que en sueños
rosados, ufana
de amores plática
entre la enramada
de bellos jardines
do el ideal halla.
¡Qué bello, qué bello
es que sueñe el alma!

Qué campos más bellos
qué dulce y rosada
para la existencia,
el alma cristiana
en estos rincones,
tranquilas moradas
que sueños pregonan,
a las destelladas
del alba entre flores
de amor matizadas.
¡Qué bello, qué bello
es que sueñe el alma!

Ya el pájaro entona
su alegre alborada.
El sol se descubre
entre las montañas,
y su bella crespa,
pura como el aura,

de rayos dorados.
el calor derraman
por estos rincones
de mi noble patria.
En tanto, suspiro
entre flores gayas
que suaves perfumes
a miles derraman
e infunden amenos
sueños de esperanza.
¡Qué bello, qué bello
es que sueñe el alma!

Ya muere la tarde,
ya la noche avanza,
ya la mariposa
que en sueños mirara,
en realidad vino
a ocupar mi alma.
Ya mi corazón
fogoso se abraza
de pasión ardiente
hacia la que amaba,
ideal antaño,
hoy realidad santa.
Ya admiro entre gemas
y encajes y gasas
la donosa efigie
de púdicas galas
que por tanto tiempo
mi ideal formara,
ya encontré mi dicha
por la cual soñaba,
ya el corazón late,
ya no sueña el alma.

A. VILA.
«El Divino»

Arabia y los arabes

Si, lectores, paseáis un mirada sobre una carta geográfica del antiguo continente, hacer alto, fijáos detenidamente en esa península comprendida entre el Mar Rojo, el Golfo Pérsico y Océano Indico. Esta comarca, situada bajo un cielo abrasador, rara vez refrescada por los vientos del mar, es la que se llama Arabia; y como ella ha sido la cuna de un pueblo y de un hombre que han cambiado el aspecto de una parte del mundo, es preciso que yo hoy, desde estas columnas, os refiera algunas particularidades respecto de este país y de sus habitantes, que creo os parecerán de algún interés.

La mayor parte de este vasto territorio ofrece el más triste aspecto: inmensos llanos de arena se extienden hasta perderse de vista, sin que se distinga en ellos un solo vestigio de vegetación; la vista no puede allí reposar sino sobre algunas rocas plateadas por el sol, en cuyas grietas crece un pequeño número de plantas casi secas, regadas únicamente por los rocíos de la noche, pues en toda esta comarca se encuentra un arroyuelo, y llueve tan raras veces, que, cuando por casualidad estalla una tormenta sobre esta parte del

globo, apresúranse los habitantes a abrir cisternas o pozos, en los cuales se recoge cuidadosamente hasta la menor gota de lluvia.

Juzgad, pues, que en semejante país no les es posible a los hombres construirse habitaciones y cultivar un suelo arenoso que no puede producir nada. Así, pues, los árabes están en su mayor parte errantes por estas vastas comarcas, transportando con ellos tiendas ligeras, que arman allí donde para ellos se ofrece cualquier rastro de vegetación, un pozo, o un insignificante hilo de agua, donde puedan refrescar sus rebaños durante algunos días; por esta razón, se da a los que viven de este modo el nombre de *beduinos*, que significa viajero.

Pero si la Providencia, al colocar esta tierra árida bajo un cielo abrasador, ha privado a sus habitantes de todas las ventajas de los climas templados, ha dado al *árabe*, como una indemnización a esa vida de sufrimientos, dos servidores, o mejor dicho, dos compañeros que comparten sus penalidades y trabajos y le ayudan a luchar contra el clima que lo devora. Estos dos servidores son el caballo y el camello, que, soportando todas las privaciones de su dueño, le proporcionan medios para en pocos momentos recorrer distancias enormes en el desierto, y de transportarse con rapidez casi increíble en los más alejados lugares, con su tienda, su familia y todo lo que posee.

En todos los países del mundo, como sabéis, el caballo es un animal fuerte y valiente, que por su docilidad, se ha hecho el más útil auxiliar del hombre; pero el caballo del árabe es más todavía; el caballo del árabe es al mismo tiempo su amigo. Criado bajo la tienda con los hijos de su dueño, que, pequeños todavía, se suspenden, jugando, de su larga crin, el noble animal se presta a sus juegos, a sus caricias, y comparte con ellos el alimento de sus pequeños dueños; después, cuando el hombre quiere recorrer uno de esos inmensos trayectos que le conducen a alguna nueva fuente o a alguna de esas islas esparcidas en la inmensidad solitaria del desierto, a las cuales se da el nombre de Oasis, el corredor se arrodilla para que su dueño pueda cómodamente colocarse sobre su lomo, y le transporta, con una sin igual ligereza, a través de este océano de arena. En la guerra, si el árabe es herido, su caballo se detiene y parece que quiere compartir su sufrimiento; parece querer asociarse a sus males, como se ha asociado a sus regocijos y alegrías, cuando recorre el desierto con la rapidez de la flecha.

¿Y el camello? Este deforme animal de dos jibas, del cual todos conocemos su docilidad, su paciencia y su sobriedad, es en el desierto el bienhechor y el salvador del árabe; es el que sobre su lomo transporta los más pesados fardos, y, frecuentemente también, odres llenos de agua para calmar la sed del viajero que camina por el

desierto; es el que, por una feliz conformación natural, puede conservar durante varios días en su estómago una cierta cantidad de agua, que hace las veces de alimento, sin que por eso sus fuerzas y su valor disminuyan un solo instante. No es esto todo: en el desierto, el camello suplente todo lo que falta a la existencia pobre y vagabunda del árabe; su hembra, alimenta al hombre con su azucarada y refrescante leche; sus largos pelos, que caen y se renuevan cada año, sirven para confeccionar los groseros vestidos de los *beduinos*, y también para fabricar la sólida tela de que están construidas sus tiendas.

Así, la Providencia, que ha colocado al árabe en un clima abrasador, donde tantas privaciones vienen a asaltarle, no solamente le ha dado como indemnización estos dos útiles animales, sino que lo ha dotado a él mismo de una constitución robusta e infatigable, que le permite frecuentemente prolongar hasta la vejez más avanzada esta lucha peligrosa y continua del hombre contra la naturaleza y los elementos.

Sin embargo, no toda la Arabia se presenta como la hemos descrito hasta ahora, es decir, como un suelo seco que recorre el *beduino*, y que se llama *Arabia desierta*, el aspecto de un mal arenoso, no; en las orillas del Océano, se encuentra una comarca cubierta de árboles y regada por abundantes fuentes, a la cual se da el nombre de *Yemen* o *Arabia Feliz*, muy diferente de la *Arabia Pétrrea*, ese vasto desierto de rocas y arena que separaba Egipto de Palestina, antes de construirse el *Canal de Suez*. En el *Yemen*, verdadero paraíso de los árabes, es donde se recogen los incienso y los aromas exquisitos a que los pueblos de Oriente son tan aficionados, y sobre todo el café, este grano perfumado cuyo uso es hoy una de las costumbres extendidas en Europa. Los árabes son los que lo hicieron conocer al mundo entero; y aunque este producto se encuentra también bajo otros climas, su perfume no puede compararse con el del que se recoge sobre el abrasador suelo del *Yemen*.

Y, en fin: en la costa árabe del Golfo Pérsico, es donde se pescan las perlas preciosas que se compran a peso de oro en los mercados de Europa y Asia, para servir de adorno a las princesas y damas opulentas.

THE PEELE.

Ouencea, julio-11-977.

(Continuará.)

Los grandes genios de la Literatura española

EL ARCIPRESTE DE HITA

Tocaba ya a su fin el siglo XIII, cuando vino al mundo de los vivos, en la pa-

tría chica del inmortal autor del «Quijote».

D. Juan Ruiz, Arcipreste de Hita.

reconociendo y calificándosele con el nombre de «El Rey de los Poetas de la Edad Media».

Poco podemos dar a conocer de su biografía, y solamente se sabe que estuvo preso bastante tiempo, sin que conozcamos el motivo; durante su encierro, escribió una obra riquísima, en poesía, titulada «Del buen amor», en donde fácilmente se adivina que era fuerte, robusto y hombre sanguíneo.

Dicha obra es tan extensa que contiene aproximadamente cerca de siete mil versos de todas clases y medidas, alegres y graciosos, serios y tristes, sentidos, en forma de narraciones, conversaciones, etcétera.

La obra, según el análisis hecho por nuestra gran crítica español Sr. Menéndez Pelayo, tiene.

a) Una novela picaresca en forma autobiográfica, en donde se narran los amores y devaneos del autor.

b) Una colección de «ejemplos», cuentos y fábulas, para confirmar lo dicho en la narración o diálogo.

c) Una paráfrasis o arreglo del «Arte de amar», de Ovidio.

d) La comedia latina «Vetula», cuyos intérpretes son la vieja Trotaconventos, llamada zurcidora de voluntades, y los enamorados D.^a Endrina, viuda rica de Calatayud, y D. Melón de la Huerta.

e) Un poema burlesco de la «Batalla» entre D. Carnal y D.^a Cuaresma, en donde nombra todos los comestibles usados entonces por mar y tierra.

f) El poema alegórico del «Triunfo de amor».

g) Varias sátiras, cuyas principales son: «De la propiedad que el dinero ha», y «De las propiedades que las dueñas chicas han».

h) Una colección de poesías líricas, místicas y devotas.

i) «Cantigas de Serrana», idilios admirables y poesías bucólicas.

j) Varias declamaciones y digresiones morales y ascéticas.

Aunque las estrofas de esta obra, la mayoría, están escritas en «quaderna via», hay en ella toda clase de rimas, inventando el autor estrofas nuevas, por lo cual no podemos considerarlo perteneciente al «Mester de Clarezía», e introduce vocablos no conocidos anteriormente, enriqueciendo el diccionario poético y la construcción; y de aquí nace la gran importancia del arcipreste.

Haciendo, por último, una exacta y completa pintura de la sociedad de su tiempo.

LEPIDÓPTERO NOCTURNO.

PENSAMIENTOS

La vida es un sencillo paseo por la tierra, un corto paso del nacer al morir sembrando todo el de abrojos y espinas.

La muerte es el último peldaño de la escalera de la vida, último peldaño por el que todos pasamos y que no se hace inaccesible ni para el rico ni para el pobre.

CRU-MARES.

PROBLEMAS

Aritmética:

1.º De Sevilla a Madrid, la distancia es de 686.440 metros, y existen 17.136 postes de Telégrafo. ¿A qué distancia se hallan cada dos postes y cuántos hay en cada 1.000 metros?

2.º Se ha comprado por 564.64 pesetas una cantidad de naranjas encerradas un cierto número de cajas; cada caja contiene 3 veces tantas naranjas como cajas hay; cada naranja cuesta 2 veces tantos céntimos como cajas hay. ¿Cuántas cajas y naranjas hay?

Algebra:

Hallar la fórmula del capital acumulado durante diez años y medio al 3.5 por 100, imponiendo el primer año 100 pesetas; el segundo, 200; el tercero, 400, y así sucesivamente hasta el octavo, después del cual no se hace ya ninguna imposición.

Imprenta de «El Día de Cuenca»,

Colegio de San Carlos

Primera y Segunda Enseñanza

Quince de Julio, 25.—Cuenca

DIRECTOR

D. Lorenzo Fernández Calderón

Correspondiendo al incesante favor de los padres, este establecimiento ha adquirido un hermoso edificio que reúne todas condiciones de capacidad e higiene que pueden exigirse.

En este edificio y accediendo a los requerimientos de algunos padres, se establece desde primero de enero un internado donde los alumnos, además de la enseñanza, ya de todos bien conocida, recibirán una alimentación sana, abundante y nutritiva.

También se crea media pensión.

La educación meral y religiosa está a cargo de un ilustrado sacerdote.

Esperanza Ruiz

BORDADORA

Se hacen toda clase de labores de bordado, tanto en blanco como en color.

Alonso de Ojeda, 18

... (principal) ...

: CUENCA :

Relojería

— DE —

Enrique Monjas

7, MARIANO CATALINA, 7

Esta casa ofrece a su numerosa clientela, y a precios sumamente baratos, las mayores novedades en relojes de pared, bolsillo y pulsera. También en cadenas chapadas, plata y níquel, para señoras y caballeros. Composturas a precios grandemente módicos, garantizándose todas ellas.

Se graban toda clase de objetos



ESTA ES LA MEJOR

SOMBRERERÍA

Y GORRERÍA

vende a precios baratísimos. Presenta las últimas novedades y lo mejor que se fabrica.

Ojo con equivocarse

MARIANO CATALINA, 22

CUENCA